

vergüenzas, parapetado siempre tras el adobo de las piedras, sin sospechar siquiera que el final estaba dibujado en los ojos redondos de los buhos o en las caras violáceas de las niñas que se quedaron sin tapar del frío a sus muñecas.

Tampoco Sietemachos entendió que no hubiera sido necesario desengarzar fusiles del armero mientras se gritaba que había entrado la muerte en el cuartel del mundo; ni pudo su Teresa fregar los platos al limón ni desodorarse con rotones los sobacos.

También quedó una carta sin abrir en la mesilla de la noche de una dama enamorada de otros tiempos, que ya, nunca jamás, podría llorar ausencias sobre su diario.

Aquí se acabó todo, la aventura en el Africa y el globo, Sietemachos. Ya sólo quedan manos derramadas y noches y años detenidos. Todo es aquí un osario pardinegro, un gran montón de derrotados sueños, de cenizas geográficas, testimonio de los perros arrojados al odio.

Sietemachos creyó ver una sonrisa antes de votar que no quería morir; pero temblaron las piedras por detrás de las criptas y tuvo que afirmarse en el naufragio apretando la boca hasta quebrar el úncio diente que no había vendido a lo indios o a los lobos.

Había soñado Sietemachos volver con su rebaño a rescatar el tiempo de los morrales llenos de silencio, había soñado con pisar la hierba que creciera entonces al bode del río de la risa sin máscaras, con preñar de verde los maizales o lo trigos; o de blanco las flores del almendro. Pero quedó podrido el sueño, uno por uno, en la misma boca del lobo que acecha siempre tras la puerta del que cruza el bosque con el corazón como única maleta.

¿Recuerdas...?

Ibamos todos a cantar la noche está encendida que la vida siga que la vida siga. Mas no supimos librar el laberinto sin pisar la línea del abismo que arrastra el miedo al odio ahora irrepitable, como una caricia en la cintura desnuda de la muerte.

Tuvimos que ceder...

Tuvimos que montar en globo a Sietemachos. Pero qué importa ahora aquello que tuvimos...

Si las piedras dijese la última palabra, no quedarían en pie ni las sonrisas de las tristes caretas que fuimos aquel tiempo.

¡Hubiésemos callado tanto...!

¡Hubiésemos dado tantos besos...!

¡Hubiésemos ido, Sietemachos, a hacernos todos el amor en la plaza del pueblo antes de montarnos en el globo y descubrir el Africa y compartir el hambre con los negros y rumbarnos juntos en la selva a compartir la luna en un sólo lenguaje. Podríamos haber cantado al ritmo del tan-tan que bajasen el precio de lo inmoral de un beso, que estrechando las manos se acaba por estrechar el cuerpo entero y no la frente, que el hambre es más de amor, que hay que agrandar el corazón para extenderlo y arrojar las armas al abismo, que hay que negar el odio de los ojos y dejar que crezcan las cerezas para que puedan los niños decidir el color del sueño.

Entonces, habrían sobrado motivos para salir desnudos por el mundo a dar la buena nueva a las gaviotas y que trenzasen con nosotros cintas azules

sobre el oscuro espejo de los mares que ahora nos contienen (¿quién sabe hasta qué hora?) como futuros peces.

¿Recuerdas ahora, Sietemachos, aquel jardín donde las amapolas nos libraron el sueño para hacerlo aroma en nuestras manos?

Es la sonrisa tuya, Sietemachos, la que está por pintar en esta máscara de máscaras que no quise arrancar para cantar contigo borracho por las calles de esta noche.

Ahora, acostumbrar el pulso a los relojes, los labios al silencio; a perdonar el vuelo de los pájaros que tuvimos un día agonizando, colgados de la tarde, entre las rejas de nuestras sienas húmedas de sombras y pecados.

¿Y qué ha sido del tiempo que teníamos para decir ahora que no tuvimos suerte?

El reloj no es más que eso: un trallazo de lluvia en los cristales de ozono de cualquier invierno.

Tendremos, Sietemachos, que verter ahora todas aquellas lágrimas que fuimos ocultando mientras le dedicábamos cantos vacíos a los dioses. Y nos negaron sus manos y no quisimos verlo para poder seguir diciendo Navidad, y amor, y dulce dulce dulce Navidad, y turrón del lobo que no muerde, y dulce dulce dulce Navidad y así tener motivos para fingir un abrazo emocionado. Así, Sietemachos, calladitos, sin hacer mal ni a la lumbre que ya ni quiere arder para invertir sus energías en los cínicos gestos de las guerras que cortan el fuego (no el odio) para santiaguarse, sin sacudirse la sangre de las manos inútiles manos para ofrecer el peso de la culpa ni al mismísimo señor de los Infiernos.

¿Recuerdas, Sietemachos?

Yo sí tengo grabados en mi frente los ojos de amargura que ocultaban tu máscara-sonrisa.

Angel González de la Aleja

